

Bartolomé volvió á Sevilla para acompañarle, y no queriendo acibarar los últimos días de su existencia, le ocultó las desgracias que habían sufrido Inés, su hija y Villejo.

En Mayo de 1605 llegó el almirante á Segovia, donde se hallaba la corte.

El gran hombre, que algunos años ántes había recorrido toda la España en triunfo y había sido recibido por los reyes como su igual, entró en Segovia melancólico, solitario, y en medio de la más completa indiferencia, mortificado por los achaques.

Era el último grado del sufrimiento.

La acogida que le dispensaron le hirió de muerte.

## CAPITULO XCV.

**Donde se ve como Colon busca á la justicia y no la encuentra.**



Al verse entre sus amados hijos, se reanimó el abatido espíritu de Colon.

No le ocultaron, sin embargo, que consideraban perdida su causa.

El mismo Américo Vespucio, que había hecho cuanto había estado á sus alcances para reanimar los deseos de Colon:

—Todo cuanto intenteis será estéril, le dijo; el corazón del rey es frío como el mármol. Yo soy rico; disfrutad de mis riquezas, volved á vuestra patria, abandonad este país ingrato. Voy en busca de mi hija, á cuya felicidad quiero consagrar toda mi vida, pero cuya idea me permitirá consagrarme también á vos. Venid á Italia.

—No, contestó Colon. Que me mate aquí la ingratitude si la Providencia en sus altos juicios lo tiene así dispuesto.

Viendo la formal resolución del almirante, partió Américo Vespucio, y lo más que pudieron conseguir los amigos del ilustre marino, fué que el rey le concediese una audiencia.

Desde el primer momento leyó Colon en el alma del monarca.

Recibióle éste con forzada cortesía.

Una risa glacial brillaba en sus labios.

De buen grado hubiera abandonado para siempre aquella estancia el hombre á quien la indiferencia del monarca no podía acibarar la inmensa gloria que había conquistado.

Pero doblegó una vez más su amor propio al deber que como padre tenía que cumplir, y se esforzó en hacer al rey una detallada relación de su último viaje, del país que había descubierto, de los tesoros que encerraba, y del estado en que había encontrado la colonia fundada por él, pidiéndole que al menos le enviase á morir con honra en aquellas tierras que tanto cariño le inspiraban.

El rey, sin conmoverse, aseguró á Colon que en cuanto los negocios más urgentes del Estado se lo permitiesen prestaría atención á las reclamaciones que le dirigía, añadiendo que contase siempre con su amistosa protección.

Al mismo tiempo le anunció que, aunque sus hijos se habían quedado sin empleo por la muerte de la reina, no los había olvidado, y pensaba utilizar dignamente sus servicios.

No se hizo ilusiones aquella vez el almirante.

Conoció que no tenía bastante fuerza para ablandar aquel corazón de roca, y sin esperanza, pero obedeciendo al deber, formuló en toda regla su petición, para que al menos quedase al mundo, si no le atendía, un ostensible ejemplo de la más negra ingratitud.

Pobre, achacoso, viejo, al borde del sepulcro, se ocupó día y noche en escribir una larga memoria de los servicios que había prestado á la nación, de los ofrecimientos que bajo su firma y con sello real le habían hecho los soberanos, de las vicisitudes que había sufrido, y la envió al monarca, pidiéndole que al menos premiase sus merecimientos en sus hijos.

El rey estaba en poder de Fonseca.

Conocía, sin embargo, que necesitaba dar una satisfacción al almirante, y aconsejado por el obispo contestó que, aunque reconocía la razón en que apoyaba sus exigencias, sus negocios se hallaban en tal estado que debían someterse al arbitrio de una persona imparcial y sensata.

Colon designó á su antiguo amigo fray Diego de Deza, pero solo para que entendiese en la cuestión relativa al arreglo de su fortuna.

En lo concerniente á sus títulos y dignidades, no admitía juez alguno.

La habilidad de Fonseca hizo, multiplicando los trámites, que se dilatase la resolución del monarca, y trascurrieron muchos meses sin que se resolviese la solicitud de Colon.

Habíase nombrado una junta de descargo de la conciencia de la difunta reina y del rey, y Fonseca logró que las reclamaciones del almirante se sometiesen á la deliberación de aquella junta.

Dos consultas se hicieron á cuerpo, y nada se determinó en ellas.

No se ocultaban á sus miembros los verdaderos sentimientos del rey, y no podían oponerse á ellos, aunque en conciencia conociesen la justicia de las reclamaciones del almirante.

Todas estas alternativas acababan poco á poco con la existencia de Colon.

Su mortal enemigo, para halagar el amor propio del almirante y embrollar sus negocios, hizo decirle que, siendo su reclamación una cuestión de soberanía, no tenía el rey más remedio que aplazar su resolución definitiva hasta consultarla con su hija doña Juana, sucesora de su madre como reina de Castilla, que debía llegar muy pronto de Flandes con el rey don Felipe.

Esto no era más que un pretexto.

Fonseca, por la posición que ocupaba, no podía obrar descaradamente.

La astucia, la habilidad: hé aquí las poderosas armas que esgrimía con insaciable rencor contra el almirante.

La corte se trasladó á Valladolid, y Colon y sus hijos la siguieron.

Al poco tiempo de su llegada á aquella poblacion se agravaron sus antiguas dolencias, y tuvo que hacer cama.

Sus tribulaciones le impedian ver que los que estaban en torno suyo sufrían, no solo con sus desengaños, sino con nuevos tormentos, que le ocultaban cuidadosamente para no agravar su situacion.

No solo era Colon desventurado.

Las personas mas íntimamente ligadas á él por los lazos del afecto, sufrían por la misma causa, aunque con distintos fines, de sus opresores.

La felicidad, que habia sonreido un momento á Isabel y á Villejo, habia vuelto á desaparecer.

Las esperanzas que Diego habia fundado en el amor de María, habian muerto en su corazon.

Veamos lo que habia sucedido.

## CAPITULO XCVI.

### Un nuevo plan de la gitana.



La alegría de Inés y de sus hijos, como hemos dicho, habia durado poco.

En el primer momento madre é hija se confundieron en un abrazo.

Por el camino habia preparado Bartolomé á Isabel, para que al encontrarla ciega no experimentase una sensacion tan dolorosa.

Aproximándose poco á poco para que la emocion no les fuera nociva, vieron á la pobre ciega, en el patio de la casa, sentada bajo una parra acariciando á su perro favorito, que menzando la cola habia ido á colocar su cabeza sobre la falda de su ama.

Bartolomé entró y los demas le siguieron.

—Ya he contado á vuestra hija que habeis quedado ciega de resultas de una enfermedad.

La ciega se levantó. Madre é hija quedaron unidas en un estrecho abrazo.

Era demasiado horrorosa la causa que habia privado de la vista á aquella infeliz, para que la supiera su hija, sobre todo en aquella ocasion.

Villejo, que ya contaba perdida para siempre á su adorada Isabel, experimentó una inmensa alegría, y despues de referirle la jóven todas las persecuciones de que habia sido obje-

to, convinieron en santificar la union de sus almas para entregarse á la felicidad que les brindaba el porvenir.

No contaban en aquellos momentos con la maldad de Aguado, que era poderoso, y se habia irritado profundamente al ver que le habian arrebatado su presa de las manos.

Al dia siguiente de la desaparicion de Isabel del convento, supo, porque la noticia circuló por toda la ciudad, el rapto de la jóven.

Inmediatamente puso en juego todas sus relaciones para averiguar su paradero.

Aguardó á que la noche siguiente fuese el hombre á quien habia comprado para que le secundase en sus planes; pero, como era natural, no fué.

Entónces comprendió que le habia vendido.

Permaneció unos cuantos dias buscando á la jóven; pero sus pesquisas fueron infructuosas.

Entónces pensó que el mejor medio de hallarla era buscarla en donde estaba su familia.

Abandonó á Portugal y se embarcó para España, llegando quince dias despues del arribo de Américo Vespucio.

Se trasladó instantáneamente á Sevilla, porque al mismo tiempo que buscaba á la jóven, no se olvidaba del deber que habia contraido con sus protectores para conspirar contra Colon.

Al poco tiempo de llegar fué una mujer á verle á la habitacion en donde estaba hospedado.

Aguado la reconoció.

Era la gitana.

—He sabido vuestra llegada, le dijo, y he adivinado el objeto que os trae á Sevilla.

—¿Sabes en dónde está Isabel?

—Lo que me extraña es que la hayais dejado escapar.

—¿Ha regresado á España?

—Sí por cierto. Pues qué, ¿no sabeis lo que ha pasado?

—No; pero es necesario que tú me lo digas.

—¿Os acordais de Isabel Monteagudo?

—Sí.

—Ella fué á Lisboa, llegó al mismo tiempo que vos, encontró á un antiguo amigo, á quien conoceis, que se ha enriquecido en sus viajes, le pidió su auxilio, y gracias á él pudo asegurar la presa.

—¿Cómo se llama ese hombre?

—Américo Vespucio.

—¿Está aquí?

—Ha salido hace poco con direccion á Medina del Campo, donde está la corte.

—¿Y en dónde se halla Isabel?

—¿No lo adivináis?

—¿Al lado de su amante tal vez?

—Vos lo habeis dicho.

—¡Oh! ¡Yo los separaré!

—Muy de prisa teneis que ir, porque es posible que á estas horas hayan ya recibido la bendicion nupcial.

—¿Y qué me importa? Yo la arrebataré de sus brazos si es preciso.

—El es valiente.

—Yo soy poderoso.

—Ella preferirá morir á ser vuestra.

—Antes que sea de Villejo la mataré.

La gitana fijo una mirada en Aguado, Despues, sonriéndose diabólicamente:

—¿No habeis pensado un medio para realizar vuestro designio? le dijo.

—No; pero ¿qué me importa? De todos modos los realizaré.

—Veo que no he hecho mal en cuidarme de vuestros negocios mientras estabais fuera.

—¿Qué has hecho?

—En primer lugar, no perderla de vista.

—¿Y es ya la esposa de ese hombre?

—Aún no; pero lo será muy en breve. Tengo en Baeza una persona que no pierde de vista á los amantes. Me cuesta bastante cara; pero he contado con vuestra bolsa.

—Has hecho bien.

—Alegraos, señor, porque habeis llegado á tiempo. Dentro de dos dias tiene que salir Villejo de Baeza, porque como soldado necesita la licencia del rey para casarse, y vuestros amigos, sin saber el favor que os dispensan, han arreglado las cosas de manera que tenga que ir á Medina del Campo.

—¿Y qué quieres decirme con eso?.... preguntó Aguado á la gitana con infernal expresion.

—Quiero decir, que si cuatro hombres estuviesen emboscados cerca de Córdoba..... y digo cerca de Córdoba porque allí es donde yo puedo disponer de personas de toda mi confianza, los cuales, apoderándose de él, podrian tenerle á vuestra disposicion, ó si era necesario, y se defendia, luchar con él, y....

—Basta; todo lo comprendo.

—Vos, mientras tanto, podiais ir á Baeza.... repuso la gitana.

—¿No digas una palabra más. ¿Cuánto se necesita para eso?

—¿Qué menos ha de darse á cada hombre que cien ducados? En cuanto á mí....

—Eso queda de mi cuenta.

—Pues entonces no hay más que hablar.

—¿Me respondes del triunfo?

—Con mi cabeza.

—Los dos se separaron.

## CAPITULO XCVII.

### Contrariedades.



CONVENIDOS los dos, tuvieron que aplazar la realizacion de sus planes porque llegó la noticia de la muerte de la reina, y con este motivo suspendió Villejo su partida á Medina del Campo.

Aguado y la gitana se trasladaron á Córdoba, desde donde podian acechar mejor la ocasion que ambicionaban.

Trascurrió bastante tiempo de desesperacion para los dos amantes y al fin y al cabo se decidió Villejo á ir á la corte, que se habia trasladado á Valladolid, tanto para impetrar la licencia del rey, como para ver á Colon, de cuya enfermedad habia tenido noticias alarmantes, que no habia querido comunicar ni á Isabel ni á su madre.

La gitana recibió el aviso, y buscó cuatro hombres desalmados y los apostó en el camino de Córdoba á Castilla, con el objeto de que le sorprendieran cuando saliera de la ciudad.

Villejo llegó confiado, y apenas entró en Córdoba salió Aguado con dos hombres de su confianza para Baeza, resuelto aquella vez á apoderarse de Isabel y á realizar su malhadada pasion, aunque tuviera que recurrir á los más miserables extremos.

Mientras se veian amenazados de esta suerte Villejo é Isabel, Diego habia podido proporcionarse una entrevista con María, y habia escuchado de sus labios la revelacion de que su padre queria unirla con un hombre á quien no podia amar.

En su inmenso dolor estaba recuelta la jóven á revelar al autor de sus dias el sentimiento que llenaba su alma.

Si no protegía su amor, estaba decidida á entrar en un convento.

Diego, que era hombre de honor, aconsejó á la jóven que renunciase á la felicidad que habian soñado; y por su parte, sufriendo con aquel nuevo desengaño, perdió la esperanza que le habia sonreído de nuevo.

Si su padre no hubiera reclamado sus auxilios, hubiera buscado la muerte.

Pero el autor de sus dias estaba enfermo.

Sus justas reclamaciones no eran atendidas.

Necesitaba á su hijo, y éste se resignó á vivir por él.

Pero la amargura que habia en su corazon se reveló en su semblante, y el pobre anciano, que á pesar de sus achaques leía en el alma de su hijo, veía con profundo dolor las huellas del pesar que le dominaba.

No podia ser más aflictiva la situación del almirante y de todos los seres queridos de su corazon.

Sentía que su vida se apagaba por momentos, y quiso al ménos ver en torno suyo á todos los que le habian amado.

¿Iba á poder realizar sus designios?

Antes de contestar á esta pregunta debemos referir á nuestros lectores una inesperada escena, que tuvo gran trascendencia en los portentosos descubrimientos que se hicieron en el Nuevo Mundo despues de haber cerrado los ojos á la luz el inmortal Colon.

## CAPITULO XCVIII.

### La vida y la muerte.



RA el anoecer de un dia del mes de Abril del año 1506.

Colon yacía en el lecho sin más compañía en aquellos momentos que la de su hijo Fernando.

Diego el intérprete, que al ver á su amo enfermo lo habia abandonado todo por estar á su lado, entró en el aposento donde estaba el enfermo para anunciar la llegada de un caballero jóven que deseaba verle.

Apénas pronunció su nombre, dió Colon órden para que entrase al recibimiento.

Este era Hernan Cortés.

—Perdonad, dijo con respetuoso acéto, si vengo á turbar vuestro reposo. Voy á partir de nuevo para los países que abandonamos juntos. Antes deseo hablaros.

Fernando se alejó, y el anciano descubridor del Nuevo Mundo, y el futuro conquistador del Imperio de México quedaron solos.

—Tomad asiento y hablad, dijo el anciano.

—No se qué prestigio, qué ascendiente, qué influencia ejercéis sobre mí; pero os confieso que yo, que he desafiado todos los poderes de la tierra, que he roto todas las ligaduras que han querido ponerme, que no hallo voluntad bastante fuerte que no crea contrarestar; que, en fin, hasta he logrado

dominar á mi naturaleza enfermiza siempre, y hoy robusta, porque he querido que lo sea, al hallarme en vuestra presencia experimenta mi alma una emoci6n inexplicable. Veo en vos algo más de lo que ven los hombres. ¿Quereis que me honre, aunque no lo merezco, con el título de vuestro amigo?

—Si mi corazón no me impulsara á ofreceros esa amistad que deseais, las pruebas de consideracion y respeto que os debo bastarian á obligarme.

—Permitidme que os hable con franqueza; no acuseis de irreverencia la lealtad que quiero demostraros.

—Hablad.

—¿Qué hay en vuestra alma que os hace superior á los demás hombres? ¿Cómo habeis podido leer en lo desconocido? ¿Cómo habeis arrancado al impenetrable Océano sus más preciosos secretos?

—¿Sois cristiano?

—Tengo una santa madre, que me ha enseñado á amar á Dios.

—Pues eso basta para que comprendais ese misterio. Dios hace de los hombres instrumentos de su voluntad. El me ha guiado á ese descubrimiento que tantas lágrimas me cuesta, que tanta amargura ha derramado en mi corazón.

—En efecto, teneis muchos y poderosos enemigos; os acusan de ambicioso.

Colon dejó ver una amarga sonrisa.

—¡De ambicioso! ¿Y tienen valor para condenarme de ese modo, cuando me ven poco menos que en la miseria, sin que mi voz, que en otro tiempo ha resonado en los alcázares, pueda llegar á oídos del soberano? ¡De ambicioso, á mí, que no solo el provecho, sino la gloria de las empresas que he acometido, me he dejado arrebatar por mis detractores!

Oidme, joven: yo he pasado los mejores días de mi juven-

tud en los terribles brazos del dolor. Solo un consuelo eficaz he encontrado para mis penas: la religion. Siempre he visto en los hombres hermanos míos; siempre he creído que no era posible la dicha ni el consuelo sin la fe cristiana. ¿Creéis que es la ambicion, la sed de oro la que me ha llevado en alas de los vientos, bajo la influencia de las tempestades, á remotos países? Ese deseo he tenido que manifestar á los reyes, á los cortesanos, á los marineros, á los soldados que me han acompañado, porque eran incapaces de sentir lo que yo sentia.

Pero me encuentro al borde del sepulcro: sois joven, y es posible que mis palabras se graben en vuestro corazón.

Colon hizo un momento de pausa.

Después prosiguió:

—Yo he perdido en lo mejor de mi vida, en la edad de las ilusiones y las esperanzas, las afecciones más intensas de mi corazón. Apartando los ojos del mundo, los alcé al cielo y concebí el proyecto de descubrir un Nuevo Mundo lleno de riquezas, sí, pero no para aprovecharlas, sino para poder derramar la luz del Evangelio en las regiones que descubriese, para poder emplear las riquezas que hallase en su seno en enviar una nueva cruzada que arrebatare de manos de los infieles los Sagrados Lugares.

Ved cuál ha sido el objeto de todas mis empresas. ¿Y qué he logrado? Que la envidia esgrima sus armas contra mí; que desoyendo mis consejos, hayan llevado mis mismos agentes la desolacion y el luto en aquellas vírgenes regiones; y en vez de sembrar la fe cristiana en el corazón de los indios, hayan despertado un odio terrible, que ha menoscabado á su vista el fin santo de mi único deseo. Mis ojos se cerrarán á la luz muy pronto, y probablemente no quedará ni aun memoria de mí

—No me habia engañado, exclamó Hernan Cortés. Os he comprendido desde luego, os he visto en mi alma tal cual sois.

Pobre, casi abandonado de mi familia, arrojado de su seno por inútil, he ido á las Indias protegido por vuestros enemigos. Desde el primer momento sentí hácia voz una veneracion, un afecto que no se borrará nunca de mi alma. Yo no aspiraba más que á encontrar la muerte en una pendencia, y al veros se ha despertado en mí un deseo grande, inmenso, infinito; una sed de gloria que no se extinguirá más que con la vida.

Ahora voy á partir; voy á volver de nuevo á aquellas regiones en donde la maldad parece haber establecido su morada. Guiado por la santa fe cristiana, por ésa fe que en este instante acabais de arraigar en mí, voy á buscar nuevas regiones, voy á luchar por la patria y por la religion, voy á dar á mi alma lo que necesita, lo que habeis alcanzado, lo que los hombres no podrán arrebatáros nunca, lo que eternizará la fama: un nombre que pueda figurar al lado del vuestro, una gloria que ilumine el mismo suelo que ilumina la vuestra.

Soy ambicioso, sueño, deliro tal vez.... Dejadme estrechar vuestra mano, y esto me basta. A nadie he descubierto mis pensamientos más que á vos. Ocultadlos siempre. ¡Qué os acompañen al sepulcro, si Dios os llama á su seno! En todos mis actos me acordaré de vos.... Vuestra mano, dadme vuestra bendicion. En breve voy á partir para embarcarme en Cádiz. Adios para siempre.

—¡Que la Providencia os proteja! exclamó el anciano con lágrimas en los ojos.

Hernan Cortés doblo la rodilla, y besó la mano de Colon.

El jóven se separó del anciano.

En la habitacion próxima halló á Fernando y á Diego.

Los dos aguardaban con impaciencia á que saliese el forastero para entrar á ver á su padre.

Le habian dejado solo con Hernan Cortés, y temian que aquella prolongada conversacion empeorase el estado del pobre enfermo.

Ya iban á entrar, cuando salió Hernan Cortés.

—Permitidme, les dijo, que os de el nombre de hermanos.

—Debo el sér á mi padre; pero hoy he reconocido que la nueva vida que siento en mí la debo al vuestro.

Los jóvenes se sorprendieron de aquel lenguaje.

—¿Qué decís? preguntó Diego.

Digo, que si realizo los proyectos que he concebido, que si algun dia alcanzo gloria y fortuna, todo lo deberé á vuestro padre.

Diego y Fernando estrecharon su mano con efusion.

En el momento en que iban á despedirle, entró Bartolomé Colon.

Sin reparar en que habia una persona extraña:

—Ocurre una gran desventura, dijo.

—¿Cuál?

—Villejo ha sido sorprendido al salir de Córdoba por cuatro hombres que le han aprisionado, y al mismo tiempo ha sido presa una gitana complicada en este atentado, la cual, al verse en el potro, ha hecho una declaracion horrible: los cuatro hombres debian asesinar á Villejo, y Aguado, el infame Aguado, debia ir á Baeza á apoderarse de Isabel. Es necesario que partamos, por si aun es tiempo de salvarlos.

—¡Y mi pobre padre que anhelaba en los últimos momentos ver cerca de sí á todas las personas queridas de su corazón! dijo Fernando.

—Que ignore lo que pasa, añadió Diego.

—No, dijo Fernando; es necesario que lo sepa. Nos cul-



paria de ingratitud, y yo deseo que en los últimos momentos nos bendiga.

Hernan Cortés habia desaparecido sin que se apercibieran de ello los hijos de Colon.

Bartolomé se dispuso á ir á Córdoba para enterarse de lo que pasaba.

Pero tuvo que detener el viaje.

Un ataque de gota hizo creer á todos que se aproximaba el fin del pobre enfermo.



## CAPITULO XCIX.

### El último rayo de luz.



FORTUNADAMENTE halló alguna mejoría, y le reanimó algun tanto la noticia de la próxima llegada de doña Juana y don Felipe, creyendo que la hija heredaria de su madre las bondades que ésta habia tenido para él.

La corte fué á recibir á los esposos y no pudiendo Colon ir á ofrecerles sus respetos, envió á su hermano.

Por un momento volvieron á renacer sus esperanzas, y creyó que aún podria surcar en vida las aguas del Océano.

Era su última ilusion.

Un nuevo ataque le puso á las puertas de la muerte, solo le dió tiempo para formular su testamento, que es la mejor efigie de su alma. (X)

A medida que sentia acercarse su última hora, pugnaba por tener á su lado á las prendas más queridas de su alma.

Su hermano Diego, que vivia retirado, llegó á Valladolid.

Bartolomé, Fiesco, Diego Mendez y Sagredo, sus más leales servidores, se unieron á sus hijos en aquel duro trance.

Bartolomé no le abandonaba.

Diego y Fernando apénas se separaban del lecho.

Pero ni Isabel, ni Villejo, ni su madre, estaban á su lado.

La nacion, á que tantos servicios habia prestado; los reyes, por quienes tantos sacrificios habia hecho, parecian haberle olvidado por completo.